

LA COPA DEL GORDO

17:30. Tarde de agosto. El calor aprieta como nunca en las calles. Paralela a la Calle Mayor hay un lugar llamado popularmente “La Plaza de las Terracillas” debido a la cantidad de terrazas de cafeterías y bares que en esa época del año se despliegan.

17:44. Un hombre de unos 45 o 50 años se sienta en una de las numerosas mesas de una heladería. Viste una camisa de manga corta y unos pantalones largos grises; lleva una maletín en la mano derecha, que deposita en el suelo, y en la izquierda el periódico. Debe de venir de trabajar. Es gordo, casi obeso. Tiene el pelo y los ojos castaños.

17:48. Un camarero le trae la carta.

17:55. El camarero escribe en su bloc de notas lo que el cliente ha pedido, una copa helada de cuatro bolas de diferentes sabores: fresa, plátano, leche merengada y chocolate. Están cubiertas de chocolate blanco caliente, y tienen como decoración un barquillo, una guinda y una sombrillita de color rosa y blanco. El precio total es de 4,50 euros, e insiste en pagarlo por adelantado.

18:01. El camarero le trae el postre, mientras tanto el hombre gordo está leyendo el periódico. El camarero se va. El cliente debe de haber leído algo que le ha sobresaltado y, al cabo de un rato, se levanta y se va. Sólo deja el periódico encima del asiento y el helado intacto en la mesa.

18:04. Ha pasado un minuto desde que el camarero se fijó en la mesa. La ve, ve el helado y el periódico en la silla. Aunque se sorprende, deduce



enseguida que el cliente de la mesa 3 estará en el baño. “No tardará en volver”, se dice a sí mismo.

18:10. La pareja de la mesa de al lado se pregunta dónde se habrá metido esa persona tan extraña. Miran la copa helada y observan, embobados, cómo los ardientes rayos de sol la van deshaciendo poco a poco. “Se le va a derretir si tarda un poco más”, asegura la mujer.

La primera bola en sufrir las consecuencias es la de fresa, ya que es la que está situada en la cima de la copa. La guinda se va hundiendo más y más dentro de la bola, entre los pedacitos de fresa.

18:11. La leche merengada empieza a escurrirse por la copa y la sombrilla se va inclinando cada vez más en sentido horizontal. El chocolate blanco, que se está solidificando, impide que el proceso de derretimiento vaya tan rápido.

18:16. Toda la gente de las mesas de alrededor se fija en la mesa 3. Hacen comentarios y observan la copa solitaria alumbrada por la luz de la tarde. “¿Si no la quiere nadie, me la puedo comer yo, mami?”. La gente que pasa no se da cuenta, pero para los clientes no pasa desapercibida.

18:17. Emilia y sus sobrinas, Carla y Ana, que han acabado sus batidos hace unos minutos, se fijan desesperadas en la copa. La angustia se produce al ver cómo el helado líquido discurre por el cristal, tan lento, tan pesado, a cámara lenta; como cuando cae caramelo caliente, o como lo hace la lava de un volcán en erupción.

18:18. La gente de la mesa 8 también se está fijando en la copa. Están sudando, pero no sólo por el calor, sino también por la angustia. “Podríamos ir a darnos un bañito a la piscina ¿no?”, sugiere uno. “Eso mismo estaba pensando yo”, concluye otro.



El chocolate blanco que se estaba endureciendo, ha parado de hacerlo, para mezclarse con los sabores. El helado-sopa ha manchado la mesa, y el barquillo, que pesa poco, se ha hundido entre sus compañeros.

18:19. Se sienta una familia en la mesa 2. Viene una camarera que les atiende. Se ha dado cuenta de lo de la copa y, cuando se va, decide darle un toque a su compañero. “Parece que éste no se ha dado cuenta de que su cliente no va a volver”. Decidida, se lo advierte y el camarero llega a una conclusión. “Si dentro de 5 minutos no vuelve el gordo, recojo la copa”. Como no vienen clientes, mira el helado, esperando a que regrese el del maletín. Espera y espera. Cada segundo es una eternidad. Está de pie, totalmente tieso. Debajo de sus hombros se pueden apreciar enormes piscinas. Observa fijamente la copa ya no tan helada. Tanto la mira que se le borra lo que pasa en derredor. Pierde la noción del tiempo. Es tan magnética... ni un soplo de aire, ni un poco de sombra. Cae en un profundo sueño irreal, como si todo se hubiera parado en seco; sólo el helado se mueve. Una gacela solitaria en mitad de la sabana, perdida y desorientada, a las doce del mediodía; ni siquiera los depredadores la acechan porque hace tanto calor... ¿Es que todo lo que se mueve ha sido borrado del espacio-tiempo en ese instante? exceptuando Ella, claro.

La copa está huérfana. No tiene vida; las gotas que se escurren por su cristalera en realidad son las lágrimas de un niño que ha perdido a su madre entre la multitud. “Pobre niño”.

No se oye el ruido de los coches, ni el murmullo de la gente, ni la música a todo volumen del vecino del segundo piso. No se oye nada de nada. Ni tan siquiera cómo se oyen los rayos de luz en medio del desierto antes de que decline el sol. Habría que ponerse en el lugar del camarero. “Solos la copa y yo; yo y la copa”. Una figura borrosa y en la penumbra detrás de una gran pantalla luminosa. Lloro. La mesa parece encharcada.

18:28. Está justo en el cénit, anonadado y totalmente aislado del mundo exterior... Pero de repente algo, una mano, golpea su hombro. El camarero se



Tania Lobato

sacude con un ademán y vuelve a la realidad. Ha despertado de su ensimismamiento. “¿Qué pasa con la mesa 3, Dani?”, pregunta su jefe.

18:29. Han pasado exactamente 10 minutos. Dani coge la ballesta, levanta la copa y limpia la mesa. La recoge junto con el periódico y los lleva al interior.

18:30. La mesa se queda sola, blanca, vacía.

(1999-2000 / Modificado en 2006)